

LUIS PÁSARA

LA ILUSIÓN DE UN PAÍS DISTINTO

CAMBIAR EL PERÚ: DE UNA GENERACIÓN A OTRA

José ALVARADO JESÚS Diana ÁVILA

Capítulo 19

Alberto DE BELAUNDE Salvador DEL
SOLAR Fernando EGUREN Alberto
GONZALES Álvaro HENZLER Max
HERNÁNDEZ Indira HUILCA Natalia
IGUIÑIZ Jimena LEDGARD Vania MASÍAS
Farid MATUK Jaime MONTOYA UGARTE
Abelardo OQUENDO Cecilia OVIEDO
Tania PARIONA Fernando ROSPIGLIOSI
Gerardo SARAVIA Cecilia TOVAR
SAMANEZ Paloma VALDEAVELLANO
Victoria VILLANUEVA Joseph ZÁRATE

BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ
Centro Bibliográfico Nacional

985.004 I La ilusión de un país distinto: cambiar el Perú: de una generación a otra / [testimonios, Abelardo Oquendo, José Alvarado Jesús, Héctor Béjar ... et al.]; Luis Pásara, [entrevistas].-- 1a ed.-
- Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2017 (Lima: Tarea Asociación Gráfica Educativa).
396 p.; 24 cm.

Incluye referencias bibliográficas.
D.L. 2017-07453
ISBN 978-612-317-274-9

1. Realidad peruana - Siglo XXI 2. Intelectuales - Perú - Entrevistas 3. Celebridades - Perú - Entrevistas 4. Problemas sociales - Perú 5. Participación política - Perú 6. Perú - Política y gobierno - Siglo XXI 7. Perú - Condiciones sociales - Siglo XXI 8. Perú - Condiciones económicas - Siglo XXI I. Oquendo, Abelardo, 1930- II. Alvarado Jesús, José III. Béjar Rivera, Héctor, 1935- IV. Pásara, Luis, 1944- V. Pontificia Universidad Católica del Perú

BNP: 2017-1864

La ilusión de un país distinto
Cambiar el Perú: de una generación a otra
© Luis Pásara, 2017

© Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2017
Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú
feditor@pucp.edu.pe
www.fondoeditorial.pucp.edu.pe

Diseño, diagramación, corrección de estilo
y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Primera edición: junio de 2017
Tiraje: 1000 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2017-07453
ISBN: 978-612-317-274-9
Registro del Proyecto Editorial: 31501361700693

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa
Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

CECILIA TOVAR SAMANEZ

«LA PERSPECTIVA DE LOS CRISTIANOS ES QUE, A PESAR DE MOMENTOS DE CRISIS, DE DECEPCIÓN O DE RETROCESO, SE MANTIENE LA ESPERANZA DE UNA SOCIEDAD MEJOR POSIBLE».

Mis padres eran de izquierda. Mi padre era de la Juventud del PC cuando estaba en la Universidad de San Marcos; conoció a Mariátegui e incluso fue deportado. En Montevideo y en Buenos Aires consiguió entonces libros de marxismo, que aquí no había. En casa había muchos libros de esos; no me interesé mucho en ellos hasta más tarde. Pero el ambiente estaba ahí. Leíamos a Vallejo, en una vieja edición que mi papá había dejado entre sus libros. Siempre me gustó mucho el *Himno a los voluntarios de la república*, que tiene un fuerte contenido utópico, y el resto de poemas también, porque correspondían con un estado de ánimo adolescente. Hasta ahora me gusta Vallejo.

La preocupación por una sociedad mejor estuvo muy ligada a mi formación religiosa en el colegio, donde además empezó a despertarse la inquietud política. Simpatizábamos vagamente con el social-progresismo. Invitamos a dar una charla en el colegio al padre Romeo Luna Victoria. Las monjas se enojaron un poco, pero finalmente aceptaron.

Salí de Arequipa, vine a Lima y en la universidad me fui involucrando en la Federación de Estudiantes de la Pontificia Universidad Católica. Creo que la idea de hacer algo aparece en mí en el primer año de universidad. Mi pregunta era: ¿qué tenía que ver lo que pasaba en el mundo y la historia, con la formación religiosa que había tenido? ¿Tenía alguna relación o no? En ese primer año leo a Theilard de Chardin para la monografía que se hacía en primero de Letras; también fui jefe de prácticas sobre su libro *El medio divino* y ahí veo una posibilidad. Luego, en el compromiso concreto en la FEPUC y, después, al entrar a la Unión Nacional de Estudiantes Católicos (UNEC) empiezo a unir las dos cosas y me doy cuenta de que tenía deseos de participar en cosas que pudieran cambiar la realidad.

El trabajo en la FEPUC y con los estudiantes duró todo el tiempo que estuve en la Universidad. Conformamos un movimiento político, el Movimiento de Izquierda Universitaria, en oposición a los que tenían un movimiento socialcristiano; oposición amistosa, pero fue una manera de marcar la posición diferente. Este movimiento dio origen, cuando yo ya no estaba, al FRES de Diez Canseco y de Piqueras.

En esos años se me hizo muy claro que había que tener una participación política, con la voluntad de cambiar la realidad del país. Estudiábamos la realidad nacional, lo que pasaba en el país y en el mundo. Era evidente que había una injusticia muy grande y la idea de cambio era muy fuerte, reforzada en mí por participar en el nacimiento y la creación de la Teología de la liberación. Estuve muy ligada a esa perspectiva que respondía a mi inquietud y que vincula el cambio histórico con la fe.

Para mi visión de la utopía, una noción importante fue el descubrimiento progresivo de lo que significa el reino de Dios, que siempre se tiene en una formación religiosa, pero no se le da un contenido. A partir de la opción por los pobres, la idea del reino cobra un sentido utópico mucho mayor —de inspiración de utopías—, como una realidad misteriosa que está presente en la historia, pero no de una manera avasalladora ni estruendosa sino de manera discreta; como dicen las parábolas, como la levadura en la masa o como un pequeño grano de mostaza. Realidad que aparece muchas veces desde lo pequeño, que no se puede siempre discernir que está aquí o allá pero, sin embargo, sí es posible discernir algunos signos de su presencia, que alimenta un sentido de cambio en la historia, pero no se identifica con ningún sistema determinado. En el fondo, eso nos motivó a no adoptar una perspectiva socialcristiana sino una perspectiva más universal. El Concilio Vaticano II y lo que significan esos años de renovación fueron muy importantes para mí.

El momento decisivo es, pues, el de los primeros años en la universidad. Claro que desde el colegio tenía bastante inquietud, pero todavía no una idea de compromiso definido. Eran inquietud, ganas, curiosidad, interés político, pero todavía no una cuestión clara. Ahí lo más importante fue la figura de Gustavo Gutiérrez, la Teología de la liberación. No tuve en ese momento relación o referencia de personajes marxistas. Sabía que mi padre tenía mucha literatura al respecto, pero yo no estaba muy interesada por ese lado. Sí, luego, a todos nos impactó la figura del Che Guevara, pero era una figura simbólica, no tanto un ejemplo real para imitarlo. Creo que en esos primeros años sobre todo fue Gustavo. Y Theillard de Chardin, como dije, pero era más teórico. Eso me influyó mucho.

La fe en el reino —que está ahí como una fuerza oculta— no significa que no haya mal, que no haya retrocesos, pero sí que hay presente una fuerza de humanización y de justicia. La perspectiva de los cristianos que estamos metidos en esto es que, a pesar de que pueda haber momentos de crisis, de decepción o de retroceso,

se mantiene la esperanza de una sociedad mejor posible. No es que vaya a ser tal o cual sistema —la idea de un diseño de sociedad perfecta no existe en este momento—, sino es la idea de una mejora a partir de lo que hay y siendo muy conscientes de lo radicalmente viciado de muchos mecanismos existentes ahora.

«LA VIOLENCIA CONDUCE A
REGÍMENES DEFORMADOS,
AUTORITARIOS Y QUE FINALMENTE
CAEN EN LA CORRUPCIÓN, EN
EL ASESINATO Y LA VIOLACIÓN DE
DERECHOS HUMANOS».

Estaba en primer año de Letras cuando mataron a Javier Heraud y su presencia fue grande. Su poesía me gusta mucho. Había esta presencia de la idea de revolución; todo el mundo hablaba de revolución. Para mí la revolución era cambiar las estructuras injustas, pero no con violencia guerrillera. Desde la guerrilla de 1965 habíamos tomado una posición de defensa de los derechos humanos y de condena a la pena de muerte, pero no de apoyo a esos movimientos.

Fui a Lovaina, a estudiar filosofía; trabajé primero Hegel y después Kant, de quien me convenció su perspectiva crítica frente a la pretensión del saber absoluto y las utopías grandiosas. Kant tenía esa perspectiva más crítica y ética, que es la que tengo ahora. Al volver al Perú trabajé *La ideología alemana*, buscando una lectura distinta de Marx —no la de un materialismo chato—, en la perspectiva que trabajábamos también en Ciencias Sociales, en el curso de Teología. Escribimos un libro, con Toki Kudo, sobre la crítica a la religión en Marx, tratando de plantear este tipo de ideas.

En esos tiempos leí también un libro de Franz Hinkelammert, *Crítica a la razón utópica*, que coincide mucho con mi perspectiva; llama utopías terroríficas a las que, cuando tratan de realizarse en la historia, se vuelven ideas opresoras. Sostiene que hay que mantener las utopías como aquello que Kant llamaba ideas reguladoras; traduzco yo: como una inspiración ética y política, que debe concretarse en la práctica —de acuerdo a las condiciones de la realidad— en proyectos políticos respetuosos de los derechos humanos y de las libertades.

En Europa visité, como turista, algunos países del Este y noté un ambiente opresivo. Nunca me simpatizaron esos regímenes en los que no veía ningún atractivo porque se notaba muy fuertemente la falta de libertad. Cuando estuve en Checoslovaquia, el guardián del museo nos oyó hablando en francés —muy cultos

los checoslovacos—, y a la salida nos invitó a tomar un café. Ahí, un grupo de sus amigos nos contó cómo había sido la invasión de los tanques rusos y notabas una rebeldía de esa juventud, con toda razón, frente a lo que había pasado. Éramos dos extranjeras, pero arriesgarse a hablar así en un régimen dominado por los rusos supone un nivel de hartazgo muy grande y de deseos de expresión. Ese no era ningún modelo. Cuando esos regímenes cayeron, vi una posibilidad de algo nuevo, pero colapsaron y mostraron que había una base muy débil. Colapsaron completamente y no quedó nada. Se habían mantenido sobre una base muy opresiva.

Los años de violencia de Sendero Luminoso son un ejemplo claro de lo que Hinkelammert llamaba las utopías terroríficas. Es un proyecto fundamentalista, dogmático, que nos merece rechazo desde el inicio, pero que era difícil de criticar desde una perspectiva de izquierda. Poco a poco fuimos elaborando algo desde el equipo de *Páginas* y en el Bartolomé de las Casas, donde hacíamos un seguimiento de lo que estaba pasando con la violencia y cómo afectaba a la Iglesia, con el politólogo Carlos Kenney, que ahora está en Estados Unidos. Él empezó a trabajar la diferencia entre poder y violencia, planteando una noción de poder completamente alejada de la violencia, lo que finalmente lleva a rechazar la violencia. Nosotros, que espontáneamente rechazábamos esa violencia, encontramos entonces fundamentos teóricos para decir que la violencia conduce a regímenes deformados, autoritarios y que finalmente caen en la corrupción, en el asesinato y la violación de derechos humanos.

Acerca de la idea del cambio social como algo inevitable y como un proceso a través de conflictos, sé que hay conflictos, pero creo que el cambio social es algo mucho más complejo, que se da en procesos en todas las dimensiones y, sobre todo, en el terreno de la cultura y las mentalidades. Vamos descubriendo que se puede trabajar por el cambio desde muy diversos ámbitos de la sociedad civil, las comunidades cristianas, de la cultura, de la educación, de lo profesional. Hay muchas formas de trabajar, además de lo estrictamente político partidario.

El poder político es importante para lograr cambios, pero tiene que ser acompañado de lo que Jürgen Habermas llama procesos de aprendizaje. Es decir, que los cambios y los retrocesos, que son inevitables, motiven procesos de aprendizaje. Por ejemplo, nos horroriza la idea de esclavitud, pero no siempre somos conscientes de las nuevas formas de esclavitud que surgen y existen ahora. Lo mismo digo de la liberación femenina, que está todavía en pañales.

Nunca pensé que el cambio histórico se iba a dar ineluctablemente. Coincido con la perspectiva kantiana y de Habermas: hay cambios en la historia y hay momentos de cambio importantes; por ejemplo, el nacimiento del régimen democrático. La gente va asimilando esos cambios y, para que perduren, cada generación debe asumirlos; si no, podemos retroceder. De hecho, ha habido retrocesos horribles.

Ahora empieza a ser muy fuerte la conciencia antirracista, aunque en la población peruana los sentimientos e impulsos, casi inconscientes, de ser racistas son enormes. Ese tipo de cambios —como la liberación de la mujer— son muy sustanciales y van dándose en la historia.

Los procesos de cambio, no por el hecho de serlo, son inmaculados o carecen de fallas. En Fuerza Social —que es donde ahora participo— estamos discutiendo el caso de Venezuela. La posición tradicional es que se trata de un régimen progresista que, como otros regímenes progresistas, la derecha se lo quiere tirar abajo. Creo, más bien, que es un régimen que empezó con ideas de cambio, pero se ha vuelto —ya desde Chávez— un régimen autoritario, violatorio de los derechos políticos, avasallador de las instituciones, parecido a Fujimori en esto y en su relación muy clientelista con la población. Por lo tanto, no merece un apoyo por parte de la izquierda peruana. En esa situación, la única salida para el pueblo venezolano es usar los mecanismos democráticos al alcance; por ejemplo, el revocatorio. El hecho de que el gobierno de Maduro lo haya bloqueado es un signo de que está violando todos los mecanismos democráticos y se ha vuelto una dictadura, si es que no lo era desde antes. A las dictaduras asolapadas, que guardan ciertas formas, ahora les llaman autoritarismos competitivos. Pero este ya ni siquiera es competitivo.

«LOS INTENTOS DE UNIFICACIÓN
DE LA IZQUIERDA QUE HA HABIDO
EN LOS ÚLTIMOS TIEMPOS SON
EXPERIENCIAS DE FRUSTRACIÓN».

Al volver de Europa me comprometí, en el Instituto Bartolomé de las Casas, con el trabajo de formación y de reflexión de grupos cristianos de base. A eso me he dedicado durante casi toda mi vida adulta, a través del Bartolomé. Hubo una etapa en la que trabajamos temas de reflexión; por ejemplo, qué significa la relación entre fe y política. En la formación y el apoyo de comunidades cristianas tuve a mi cargo la Escuela de Líderes del Bartolomé en sus inicios, en 1994. Son más de veinte años de trabajo y muchas generaciones de líderes de organizaciones sociales y ligadas a la Iglesia han pasado por ahí. Al principio me encargaba del programa entero, ahora soy profesora. Paralelamente, hemos trabajado en activismo dentro de la Iglesia, para acompañar en 1979 la tercera Conferencia del Episcopado Latinoamericano – CELAM en Puebla, la cuarta Conferencia en Santo Domingo, en 1992 y, finalmente, en 2007, la quinta Conferencia en Aparecida.

Siempre he tenido mucho interés en política, pero recién en 2010 me involucro en una militancia partidaria —incluso como dirigente—, en Fuerza Social, a partir de que Susana Villarán gana la alcaldía. Aunque lo político se puede dar en todo tipo de espacios y no solo en lo partidario, la acción política me atrae en ese momento, quizá porque había finalizado una serie de ciclos en el Bartolomé y estaba en busca de algo nuevo, pero no alternativo. No dejo el Bartolomé y me involucro; incluso participé en la dirección nacional y hasta ahora soy miembro de la Comisión Política, que tiene un rol asesor. Mientras existió Izquierda Unida, había participado muy activamente como militante de base, en el comité de Jesús María, y cuando cerró fue una frustración muy grande. En la dirección nacional de Fuerza Social tuve un trabajo fuerte, al que en ese momento pude dedicar bastante tiempo. Participé entonces en la creación de un proyecto común de izquierda, con los seis partidos de izquierda que había: el PUM, Tierra y Libertad, el PC, Ciudadanos por el Cambio, Patria Roja y Fuerza Social. Sentamos las bases, elaboramos una serie de planteamientos, pero al final se frustró cuando Tierra y Libertad asume el nombre de Frente Amplio. Luego participé en la creación de UNETE, que era un espacio más pequeño, sin Tierra y Libertad y con el Partido Socialista como observador, que también fracasa por la relación conflictiva con quien tenía la inscripción. Los intentos de unificación que ha habido en los últimos tiempos son experiencias de frustración.

El momento en que entro a militar es completamente distinto de los años setenta, cuando la militancia política era algo absorbente. Había visto lo que pasaba con muchos amigos en su vida familiar y profesional, que quedaban totalmente de lado o, a veces, destruidas. En el momento que entro es distinto y Fuerza Social reúne gente que reacciona frente al tipo de militancia de antes. Se trata de un movimiento bastante renovador desde el punto de vista ideológico; es de tipo socialdemócrata, con un fuerte compromiso con la democracia y con los derechos humanos. Aunque, claro, siempre hay personas más tradicionales. Pero el grueso del partido, no. Es un partido muy programático. Hay cosas ideológicas, mínimas, básicas, de compromiso con la democracia, la idea de cambio en el país, de justicia; pero, sobre todo, es programático.

La experiencia en la Municipalidad de Lima tenía mucho contenido programático y correspondió a toda una visión. El programa estaba desarrolladísimo, todo estaba muy pensado —hasta qué hacer con los taxis—, no se improvisó ni en cuanto a cuadros ni en cuanto a lo que significaba Lima, tan desafiante. La voluntad programática estaba ahí, pero los errores políticos hicieron que no se pudiera. También la animadversión que se desató contra una gestión de izquierda fue enorme y eso, unido a la incapacidad de respuesta política astuta, nos trajo un descalabro.

El proyecto de gestión en Lima tenía una utopía de ciudad detrás, que creo que era realista porque estaba inspirada en muchos ejemplos de gestiones de ciudad; por ejemplo, Montevideo, pero sobre todo Bogotá, donde hubo un cambio muy grande con muchos alcaldes, o Medellín, que era una ciudad infernal. La gente estudió mucho, el equipo se preparó muchísimo y la gente de Fuerza Social tiene esta inclinación programática. Trataron de plasmar la utopía en un programa, los cambios posibles, con una idea de cambio que está detrás. Pero aprendimos que no basta el programa sino que hay que tener mucha muñeca política para llevarlo a cabo. Y eso nos falló porque no teníamos el equipo suficiente. Estuvimos bastante solos y tal vez no tuvimos el apoyo político ni la capacidad de mantener alianzas o hacer nuevas alianzas.

Esa fue una experiencia aleccionadora de lo que significa la realidad: tratar de llevar a cabo cambios y toparse con una serie de factores que no has considerado. En el transporte público encontramos que la gente prefería un transporte barato, aunque fuese de mala calidad. Para muchos sectores, las condiciones de vida son tales que la calidad pasa a segundo lugar. Como los pobladores de La Oroya, que prefieren la contaminación con tal de tener trabajo. Son realidades de un país en el que los sectores populares no han sido atendidos y están acostumbrados a arreglárselas como puedan. Viendo que con Castañeda en la Municipalidad todo se ha tirado al tacho, uno se da cuenta de lo importante que es mantenerse en el poder político para llevarlo a cabo; pero, al mismo tiempo, lo importante que es el trabajo con las bases sociales.

«LA UTOPIÍA ES ALGO PARA SER
REALIZADO EN LA HISTORIA, ES UN
PROYECTO HISTÓRICO EN EL QUE
LO ESENCIAL ES UNA SOCIEDAD
MÁS HUMANA, UN MUNDO QUE
NO MALTRATE AL SER HUMANO
Y A LA NATURALEZA».

La noción misma de utopía cambia, ya no es la idea del cambio romántico. Para mí la utopía ha sido siempre un objeto de investigación ética, pero no necesariamente irrealizable porque la utopía debe partir de la realidad. A la palabra utopía le tengo cierta resistencia; debe hablarse más bien de proyecto histórico, es decir, algo que hacer en la historia. La palabra utopía, que proviene de Tomás Moro, significa que no existe en ninguna parte. Criticamos ese aspecto porque la utopía es algo para ser

realizado en la historia, es un proyecto histórico. Lo esencial de ese proyecto histórico es una sociedad más humana, un mundo que no maltrate al ser humano y a la naturaleza —ahora la naturaleza aparece muy fuerte, antes no importaba para nada—.

Aunque Cuba despierta ilusión al principio, rápidamente se ve que cae en mecanismos dictatoriales y no aparece como un modelo. La imagen de Cuba fue algo romántica, que influyó en esa generación de los años sesenta, como también la muerte del Che en Bolivia. La figura del Che aparecía hasta en las camisetas, pero no era un ejemplo a seguir. Tampoco aparece un modelo en otros procesos de cambio, como el sandinista, un movimiento más bien nacionalista que despierta ilusión y rápidamente cae en la corrupción; ahora es un proceso totalmente degenerado. Nadie en este momento puede decir que existe un diseño de sociedad completamente distinta a la capitalista, que pueda estarse realizando, ejecutando.

Como diagnóstico de lo que pasa en el mundo capitalista, lo que hace Marx es bastante agudo. La posible salida está muy en borrador en lo que hace y sus sucesores plantean la dictadura del proletariado, que no es admisible. No hay dictadura del proletariado que pueda justificarse. La idea de abolir el mercado es una tontera, porque puedes regularlo, pero no abolirlo. El mercado no regulado no produce el bien común, ni mucho menos, sino que genera la crisis y la acumulación en manos de ciertos sectores. Hay una serie de mecanismos capitalistas, como el mercado, que puedes limitarlos para que no rijan todos los aspectos de la vida, pero abolir el mercado y reemplazarlo por la planificación central lleva al desastre económico. Esa es una lección que hay que asimilar.

También se trataba de superar el trauma de Allende, la ingenuidad de pensar que por la vía democrática puedes hacer cambios. Porque es ingenuo pensar que la derecha va a aceptar los derechos; se las arregla para sacarlos, recurren a la violencia, juegan sucio, etc. Pero, justamente, si hay un aliento utópico es decir: «No importa, nosotros usamos los mecanismos democráticos y sin corrupción, sin manipulación, sí con astucia política, esperamos tener un poco más, pero tratamos de jugar dentro de los mecanismos democráticos, no porque queramos ser aceptados por el sistema democrático sino porque por convicción pensamos que un sistema no democrático se deforma muy rápidamente y llega a extremos de corrupción y dictadura».

Agnes Heller tiene la idea de democracia radical y radicalizar la democracia está muy presente en muchos sectores de izquierda en el mundo. Es incorporar los valores democráticos como parte importante de un proyecto y priorizar el bienestar de las mayorías, de los sectores populares por sobre la lógica del mercado, sobre la lógica de las ganancias y la concentración de propiedad, y promover una redistribución más radical. Como señaló la Comisión de la Verdad, en el Perú no todos son ciudadanos con los mismos derechos; hay ciudadanos de primera, de segunda y de tercera.

Eso está metido en la cabeza de las élites y nosotros creemos que lograr que todos sean ciudadanos de primera clase, que los derechos de todos sean respetados, es profundamente revolucionario y de izquierda, es un cambio de fondo en nuestro país.

La izquierda entró a la vía democrática, pero no toda con convicción. Para algunos simplemente había que usarla, porque era accesible por el momento. Y no priorizan la democracia. Parece mentira, pero mucha gente no ha podido asimilar la lección de Sendero: «fueron compañeros que cometieron errores». ¿Errores? Fueron criminales, asesinos. Esa gente, aunque se da cuenta de los peligros del camino violento, no llega a asumir las vías democráticas como caminos de transformación. No llegan a asumirlo y por eso hay resistencia para condenar el régimen de Maduro; sienten que eso es casi abandonar las posibilidades de las revoluciones que, por más imperfectas, están ahí.

«LOS JÓVENES SÍ SE MOVILIZAN
CUANDO SE NECESITA. HAY MOMENTOS
EN QUE VAN A JUGÁRSELAS.
TIENEN PREOCUPACIÓN AMBIENTAL,
PREOCUPACIÓN POR DERECHOS Y POR
COSAS QUE SON IMPORTANTES».

La generación joven está muy centrada en lo personal, tiene una presión muy fuerte por los estudios, por una formación, por tener maestrías y doctorados; hay una competencia profesional muy grande. Los profesionales son exigentes porque saben que sin dos o tres maestrías no van a tener trabajo; esa es una presión muy fuerte. Nosotros salíamos de la universidad y había trabajo para todos, ahora no. La gente tiene que seguir estudiando y eso le quita mucho tiempo. Muchos tienen que trabajar y estudiar. Sin embargo, sí se movilizan cuando se necesita. Hay momentos en que van a jugárselas. Tienen preocupación ambiental, preocupación por derechos y por cosas que son importantes. Se movilizan contra el nombramiento de los directores del Banco Central de Reserva, como se movilizaron contra la repartija y contra la Ley Pulpín. Son jóvenes que se organizaron por zonas y esas zonas todavía existen. Luego se movilizaron por el No a Keiko. Un colectivo pequeño, como el No a Keiko —muchos de cuyos dirigentes son de izquierda—, no podría haber movilizado una cantidad tan grande de gente si no tuviera eco en diversas generaciones y la presencia juvenil ahí es importante. Siempre van a ser una minoría; no sé si van a poder ser una mayoría.

En mi partido, que es chiquito, la presencia de jóvenes es proporcionalmente grande; en el Partido Socialista hay muchos jóvenes; en Sembrar, de Verónica Mendoza, son puros jóvenes. Unos son ultras y otros no tanto. Hay que aprender en la práctica y ellos están aprendiendo. Hay una movilización y siempre serán sectores reducidos, en relación a la totalidad del mundo juvenil, pero existen. Lo de Verónica jaló un apoyo muy grande de jóvenes.

La desilusión por la política —que existe en todas partes del mundo, pero en el Perú es más fuerte—, el rechazo y la distancia de la política en los sectores populares es una barrera que esta generación de jóvenes va a tener que superar. Producto de la informalidad, de la falta de derechos, del ninguneo, de la frustración de muchas expectativas, en los sectores populares hay una distancia y un rechazo tremendo de la política y de los políticos. No es muy fácil vencer esa mentalidad que se ha instalado en los sectores populares, de pragmatismo, de «espero que el gobernante me dé algo a cambio de mi apoyo y punto, no espero más».

Me comunico bastante con el sector joven, porque doy muchas charlas a jóvenes. Hice muchos talleres por todo el país, comunicando el informe de la Comisión de la Verdad; los jóvenes inmediatamente se concientizaron sobre lo que había pasado. Surgieron un montón de colectivos universitarios y juveniles ligados al tema de la Comisión de la Verdad y la memoria. Lo que pasa es que es una tarea que hay que renovar con cada generación juvenil. Una generación juvenil te dura cinco años y después tienes que volver a empezar. Las nuevas generaciones no tienen idea de lo que pasó, no saben quién fue Abimael, porque cada cinco años cambian.

En torno a la memoria, la derecha se opone porque siente que es una manera de hacer apología del terrorismo. La derecha no quiere hablar del tema, quiere pasar la página, no quiere memoria. Con las justas han aceptado el Lugar de la Memoria, porque lo apoyaron los alemanes y lo apoyó Vargas Llosa, pero no quieren saber nada de nada. Hay una pelea de largo plazo por la memoria.